

Dos poetas y sus fábulas

Edixon Rosales

1. Rómulo Aranguibel Egui es fundamentalmente un poeta de la memoria, esa categoría mental capaz de reconstruir a la luz del poema, las fábulas y los sueños. El artista busca en su corta obra literaria, un país utópico que lo sitúe en lo aéreo, en la distante comarca donde pueda encontrar su libertad y los enigmas que ofrece la noche: *“Te acercabas al rito de los hechiceros / al rostro de una doncella deslumbrante”*.

La poesía de Aranguibel Egui, ha sido fiel a las cosas en función de su deslumbramiento y *“a la búsqueda de lo resplandeciente y mágico”* (Palomares). Por eso intuimos en sus líneas, una atmósfera espiritual que nos conduce a un mundo lumínico, que forja límpidamente para nosotros, su lámpara poética: *“Con una luz roja en la frente / avanzabas hacia el mundo invisible de la tormenta. / Hacia los territorios / donde tal vez las bestias de otras estaciones / cayeron bajo la muerte”*.

La mirada del poeta nos guía hacia esas casas evanescentes, que se ocultan al caer la niebla sobre esos parajes, que al principio pensamos sean de su tierra natal, el hermoso estado Trujillo, o cualquier otro lugar que se nos ocurra imaginar, al ser atrapados por esas metáforas que nos acercan al dominio de la belleza que sus versos quieren evocar: *“¿Hacia donde fueron dirigidos tus pasos / batientes ondas de brío y decisión? / Por cuentas y por sendas/ la mirada conocía / posición y retiro / de tu morada silenciosa”*.

Aranguibel Egui es el taumaturgo que nos va llevando a los confines de un mundo imaginario, *“de crecientes círculos y altas labranzas”*, como si comenzáramos una experiencia de iniciación, o de tránsito hacia lo *“naciente y velado”*, o de ascenso espiral hacia las montañas, donde todo parece darse en sucesión, en apariciones fortuitas de las coníferas, *“el saúco, las flores, las terrazas, el valle y las mesetas. / Junto a la realidad / Fantasía y sueños. / Rociada del resplandor, / afirmación de la fertilidad”*. En fin un goce por la vida que se mueve entre lo real y lo mági-

co, del cual participamos más allá de lo contemplativo. Recordemos que Aranguibel Egui era médico psiquiatra y por lo tanto un analista exhaustivo de la mente y de la conducta humana; lo que nos permite algunas veces sentir, el sobresalto de quien pone la llaga en el poema: “*En el centro de la ciudad las frías cabezas de los héroes, sobre los que desciende día a día los colores, las lluvias, los insectos, un árbol o una flor. En el centro de la ciudad—y lejos— las caras de todos los hombres, las caras escondidas o salientes, deformadas, abrumadas, o tristes, la sucesión de mil horrores...designios, designios amenazantes*”.

¿No es acaso la poesía el arte de nombrar las cosas sin mancharlas? Esta pareciera ser la guía de una obra que busca un hilo comunicante con lo vivido; y al ser la naturaleza objeto de su canto, pretenda que percibamos, el peso del instante en el poema que ordena, la oquedad de la montaña, el sonido del río, el brillo de los colores, las panteras del invierno y los materos colgantes. Ramón Palomares nos hablará de la nostalgia como hilo comunicante con esos espacios de infancia donde todo es paraíso, presencia de los olores de la tierra y de las constelaciones deseosas de luz. El conjuro será una forma que nos acerque a esta reconquista: “*Destruído el retorno. / Deshecha la memoria. / Conjuré los líquidos. / El ópalo, / los continentes suaves y mesurados. / Conjuré un delfín inoportuno / abrupto y áspero*”.

Poesía que persiste en lo aéreo, podríamos definir la de Aranguibel. Un hermoso poema de Palomares nos habla de un pájaro que planea entre las nubes y la altura de los astros, robándole los fulgores “*al poderoso perro del cielo*”, mientras abajo en lo terrenal, se da lo cambiante y se percibe la ausencia del canto en el delicioso jardín. “*Un pájaro emprende el vuelo largo y geométrico*” nos dirá admirablemente el artista, como dando continuidad al que inicialmente Palomares concibiera; pero buscando su permanencia en la palabra que evoca las “*presencias y memorias en el viento. Mientras constantes y firmes, persistimos y vivimos*”.

El poema “*Espacio*” de su único libro en versos, de nombre “*La distante comarca*”, recoge en un lenguaje sobrio y puro, su decir lírico, su frase sonora, donde las pausas son parte necesaria del silencio que ordena, esos espacios de luz sobre las copas de los árboles. Verdadero canto al espacio que deseamos abrir, porque no hay más realidad que en el deseo. Partitura silente que nos dice que la perfección se alcanza en el equilibrio (“*Ni pérdidas ni aciertos*”), y la belleza, en ese instante que se expresa el estado de ascensión hacia las visiones íntimas. Al final se da el

gozo del poeta que, como en un ritual, alza los vasos y escancia los licores y se abre más allá de la extensión y del vacío, hacia lo visual y sensitivo, tal como íntegramente los expresan estos versos:

“Lenta y pausada música / Marcada piedra antigua / Sol de Noviembre / Detenida luz sobre la copa de los árboles / Ni pérdidas ni aciertos / Lugar del que irradias / esa dulce y amable intimidad. / Estar ahí. / Contra el hosco sueño / Conjurémoslo! / Próximo desvarío / Luengas noches / y seguidas / Febriles apuestas sin medida... / Arranquemos los vasos. / Elevémoslos! / Girar en cruel turbulencia. / Y elevados los vasos, / Escanciamos los licores de oscuros contenidos. / Mis gestos y los tuyos / hacen cabriolas y quiebran los cristales. / Espacio!... / Ya no es suficiente! / Necesitamos aromas y colores”.

Las voces de los ausentes aparecen con frecuencia reclamando su presencia en la obra de Aranguibel. Voces familiares, distantes, que *“hablan de personas que atraviesan el portal”*. Palabras de los ancestros que traen a la memoria la casa, el olor del café impregnando los espacios del sueño y el sonido de la lluvia que se hace noche en el poema: *“Decían “se entraba en las lagunas, / pues eso era el agua y el origen. / Donde se forma la lluvia / ya es de noche. / Una cosa muy sagrada / pues ahí se gestó la tempestad”*. Al final escuchamos al poeta invocando a las Parcas que tejen el destino: *“Alguien teje el hilo que ignoramos. Otros hablan y nos llaman. Pocos sollozan y nos turban / cuando nos preparamos a partir”*. Esta atmósfera de misterio, *“de climas alucinantes tocados de nostalgia y melancolía”* (Palomares), anteceden a la de algunos poetas contemporáneos, entre los cuales podemos nombrar a Rafael José Álvarez y José Rafael Alfonso.

En este mundo de alucinaciones, de visiones, de realidades soñadas y de evocaciones del poeta, no podía faltar la figura femenina, fragmentaria pero densa en nuestras vidas, cuyo aroma *“se abre en las aldeas de la distante comarca”*. La mujer de la que emanan dualidades como, el olvido y el recuerdo, la sonrisa y la tristeza; y sobre todo el gozo que a ella nos unifica, cuando sentimos la atracción edénica que da su cabellera y el peso sensual de su mirada: *“Una mujer detiene su marcha al borde del abismo. Una mujer. Siempre una mujer que canta una canción, que nos olvida y nos recuerda, que nos sonríe o nos trae la tristeza. En su cuerpo asciende ahora el aroma agreste de los bosques lejanos. En su cabeza giran lentas guirnaldas. En sus ojos el sexo es un violento relámpago”*.

Habiendo recibido la palabra poética como una revelación, Aranguibel Egui nos hace partícipe de esta aventura, trayéndonos la canción del océano, sus frases y sus silencios, hacia nosotros que amamos el sonido del viento que acompaña a la tormenta, como también el vasto silencio que procede de las casas suspendidas evocadas por su voz. Susurros sagrados que vienen de la tierra y de los árboles donde se aposenta el día. Apenas sonido del agua que fluye en el poema buscando en él su permanencia.

Rómulo Aranguibel Egui fue miembro fundador del grupo literario Sardió, que se formó en Venezuela a principio de los años sesenta, el cual tuvo figuras que hoy son representativas de la literatura nacional; entre las cuales podemos nombrar a Ramón Palomares, Guillermo Sucre, Francisco Pérez Perdomo y Edmundo Aray. Entre los fundamentos estéticos que guiaron a este movimiento, podemos mencionar la pasión por el lenguaje, la búsqueda de una expresión sobria y altiva, y la búsqueda de la verdad a partir de la ascesis poética. Esto les permitiría explorar el mundo interior y onírico, y meditar sobre el tiempo, el amor y la muerte.

2. Si bien un Astrónomo antiguo nos invita a conocer las estrellas, a través de la contemplación de la noche en un lugar ausente de luz y lejos del humo contaminante de las ciudades, como una manera de familiarizarse con la hermandad de los Astros, que hermosamente llevaría a poetas como Safo a decir: “*La luna luminosa / huyó con las Pleiadas / La noche luminosa ya llega a la mitad*”; de manera muy particular Alfredo Añez Medina nos invita a conocer la noche a través de las distintas transfiguraciones que ella nos presenta.

Realmente conocer la noche era para el poeta, conocer la amada cuya ausencia disolvía “*pueblos de la aurora*”, porque ella era pura nocturnidad, “*agua deslumbrada*” en medio del poema, a la cual Alfredo en su canto oración evocara. ¿No es acaso la noche el inmenso espacio moteado de luz, el infinito que buscan los amantes, donde lo absoluto se presente al borrársenos los contornos de las cosas, y la muerte pareciera continuación de la vida y el mirar de nuestros ojos “*el infinito que la noche ha abierto en nosotros*” (Novalis)? Experiencia del viaje que conduce al olvido esta noche del poeta, y también misericordia que expresa su mano suplicante: “*Noche de viaje / donde no se llega / sino llevas el olvido / el llanto / el sueño / o algo todavía más simple / un gesto... el pan / un ala / una mano suplicante / abandonada / triste de su propio sentido*”.

Ante la imagen de la noche como caos y destrucción, percibida por el poeta a través del sueño, y de las visiones que expresa como ejercicio circular de las palabras que ordenan el mundo, está la otra que busca el amor como salida, “*la voz girante*”, el fuego que no tiene límite; porque el ardor es la vida, el júbilo que nos remonta a la infancia y al sonido del agua que ella recrea: “*La noche nos ilumina algo más amado que la infancia / agua / algo sin nombre puro / como un hombre / algo / como vibrante candela lejana*”. Esto particularmente nos impresiona de Alfredo, quien pasa de un estado anímico atormentado, de contagiante tristeza, a lo prístino de la belleza que nos transmite el asombro y la esperanza.

Podríamos conjeturar que el libro “*La transfiguración de la noche*” está motivado por esa nocturnidad que acogían las ciudades nacientes. Las que giraban en torno a íconos donde confluían la soledad, el amor, la tristeza, el divertimento y hasta el escape, de aquellos que querían anular el día, buscar en la noche que los acogía, una razón de existencia e incluso de trascendencia. Estos íconos los precisaría Hugo Figueroa Brett, en el prólogo que hiciera al primer poemario de Alfredo: “*para que caminando del “Colonial Lunch” al Club del “Banco Obrero” con Arturo (el amigo), zarpen las primeras cervezas de la noche a recorrer el vino limpio hasta donde quedaba “La Española” pedir un fiado, y ahora en todo caso, llegarnos a la calle “Padilla” entre “Vargas” y “Colón” beber las que desequilibran el conciente*”. Estos lugares de las evasiones más refinadas y donde la noche acudía con todos sus pájaros (“*la noche de tus pájaros azules*”), harían posible la palabra poética, “*el grito en el crepúsculo*”, la presencia de la mujer que con su voz nos traía la beatitud de la lluvia y el olor errante de los eucaliptos: “*Oh / tu voz sosegada / en la ausencia / el canto / el destierro / los hijos de la lluvia / nocturnos*”.

A veces percibimos un aire de misterio, de melancolía tocando las ventanas, un llamado, “*el aire de la muerte*” recorriendo los espacios de la noche, los puntos cardinales que se inclinan hacia el sur (“*el sur / disuelto en su hora más al sur*”), en versos que son como saetas que penetran el corazón y que recobran del olvido, la imagen de lo amado por el poeta: “*Mi corazón recobra tu rostro del olvido / Tu imagen me enseña sus ojos en la niebla / su penacho rojo / de golondrina triste / y el amor / girando / llamas sin cabellos*”. Con versos que son un universo en cada una de sus pausas, o una crispación de la conciencia en cada una de ellas, donde “*cada verso es una sustancia*” y “*cada nombre rompe su secuencia natural y se esfuerza por crear raíces propias*”, como lo diría bella-

mente Iliana Morales en una apreciación crítica sobre Alfredo; los cantos de *“La transfiguración de la noche”* se erigen como una totalidad o como una metafísica de la noche expresada en catorce manuscritos poéticos independientes, donde la palabra silencio va cerrando cada uno de ellos, o abriendo la lectura hacia cualquier otro elegido. Poesía que busca en el centro de la noche su aposento hasta que despunte el día.

A pesar del tono desesperanzador de su palabra poética, donde la noche es símbolo del caos, de la lejanía y de la muerte, paradójicamente el poeta aspira a la luz, a *“las ciudades luminosamente recobradas”* y al silencio como la expresión simbólica más real de la música celeste. Por eso las visiones sobre las lámparas pueblan el poema, lámparas infinitas en su fuego, las cuales hacen posible *“la fosforescente oscuridad del silencio”*. Por eso el canto simple y puro de Alfredo se abre como un universo lluvioso (*“la simple intimidad de nuestras lluvias”*), que reclama de la lejanía, la presencia de *“la mujer de ojos verdes como un ave de luto”*, oculta en la noche que se *“transfigura en pájaro y muere”*.

La experiencia poética del autor de *“La transfiguración de la noche”*, es un acercamiento sensible a ese universo que la noche representa en toda su dimensión mágica y sagrada (*“La noche esparce sus guijarros sagrados / en el cielo / y caen”*), no solamente como una expresión objetiva del ciclo del tiempo que vivimos, o como un referente mitológico que la identifica con las tinieblas de la cual nace la luz, lo que ha dado origen a tantas cosmogonías; sino como despojada de su origen, humana, *“silenciosa / delirante, austera, única e íntima / como un sol en acecho”*, y más importante aún, posándose sobre las aguas para que sea eterna la melancolía en la duración del poema: *“Pero en el borde de las aguas / la noche se va poblando / para que todo lllore / sobre la tierra de la noche / para que todo lllore”*. Iliana Morales precisará que la poesía de este libro se va dando a partir de definiciones, de lamentos, de palabras dichas para hacer posible el canto, y la melodía oculta que aún nos falta por escuchar y por lo tanto la más dulce.

El poeta Alfredo transfigura la noche para aprehenderla en su más desnuda intimidad, porque más que una experiencia de lo vivido y del asombro de la mirada ante la majestad de la noche, cuya *“oscuridad lo contiene todo”* (Rilke), es una experiencia fundamentalmente de creación. Por eso la noche transmigra al corazón del poeta y esconde en su seno el fuego transparente de la amada, ella que es un universo a la que la noche acude (*“desde ti advierte la noche sus signos fatales”*), el fruto

prohibido de un bosque familiar para él vedado: *“Tu imagen me enseña sus ojos en la niebla / su penacho rojo / de golondrina triste”*. Si la noche tenía en Novalis una significación sagrada, el lugar que le permitía ver la realidad con una perspectiva nueva y donde se libraba de la tristeza que lo ataba a la finitud del día, a las cosas que en la luz acaecían maravillando a los despiertos, y sobre todo donde adquiriría la conciencia poética que le permitía acceder a otros mundos de felicidad reinantes; en Alfredo Añez Medina, la noche es el lugar de las irreverencias (*“Dios es un bosquejo de luz entre las sombras”*), de los hastíos, de las soledades, *“de los puñales fulgurantes”*, donde todo conduce a la caída y a la ausencia de lo amado.

Alfredo Añez Medina publicó otro libro llamado *“Contexto de vivir el atardecer”*, a finales de los ochenta. Libro escrito desde el sosiego, aunque fiel a la tendencia surrealista que ha marcado toda su obra. Los temas tratados siguen siendo los mismos: La muerte, la soledad, la noche, la ciudad y el silencio. Aunque esta vez hecho sin la irreverencia inicial de sus trabajos, porque la luz solar que bañaba su ciudad de origen, daba un toque de equilibrio al canto, al sonido de guitarra que el viento traía de la lejanía. La ciudad solar se sueña, se canta desde la juventud de las fuentes. *“Caer, sentir, soñar, para vivir”* nos dirá el poeta en un de sus versos. Sin embargo la luz también es conciencia de la muerte que acecha, aunque un trance dulce, estoico, llevado a través del tiempo que golpea. *“La luz se descompone en canto / atril de sol toda piragua, el cielo”* nos dirá Alfredo sobre la historia del sol, aquella que lo reconciliaba con los elementos que hacían posible el poema, las palmeras altivas, las calles, las crónicas de guitarras de una ciudad que crecía más allá del límite del agua y de los sueños. El poeta Alfredo Añez Medina fue miembro fundador del grupo literario *“Cal y Agua”*, junto con los escritores Ricardo Ruiz Caldera y José Parra Finol. *“Grupo que el año 1964 surge ante el deseo de tener una postura política radical y de irreverencia”* (Iliana Morales), aunque sin una poética común que lo justificara. Alfredo era un poeta estrictamente surrealista, e incluso nos atrevemos a afirmar, que lo ecos del Neruda de las Residencias en la Tierra, están presente en el ritmo de los versos de su último libro; Ricardo Ruiz Caldera era un lírico existencial que expresa en imágenes directas, el devenir de una cotidianidad que va creando un mundo de absurdos e interrogaciones y finalmente José Parra Finol era íntimo y transparente en el decir de su poesía.

Referencias documentales

ARÁNGUIBEL EGUI, Rómulo. 1979. **La Distante Comarca**. Ediciones del INCE. Caracas.

ÁÑEZ MEDINA, Alfredo; RUIZ CALDERA, Ricardo y PARRA FINOL, José. 2008. **Antología Cal y Agua**. EDILUZ. Maracaibo.